



Buen Gobierno

ISSN: 1874-4271

director@revistabuengobierno.org

Fundación Mexicana de Estudios

Políticos y Administrativos A.C.

México

Rosique Cañas, José Antonio; Rodríguez Rodríguez, Rogelio
¿Será posible un buen gobierno para las postmetrópolis?: La cuarta revolución de una
nueva generación urbana en el mundo globalizado
Buen Gobierno, núm. 9, julio-diciembre, 2010, pp. 178-196
Fundación Mexicana de Estudios Políticos y Administrativos A.C.
Ciudad de México, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=569660529009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

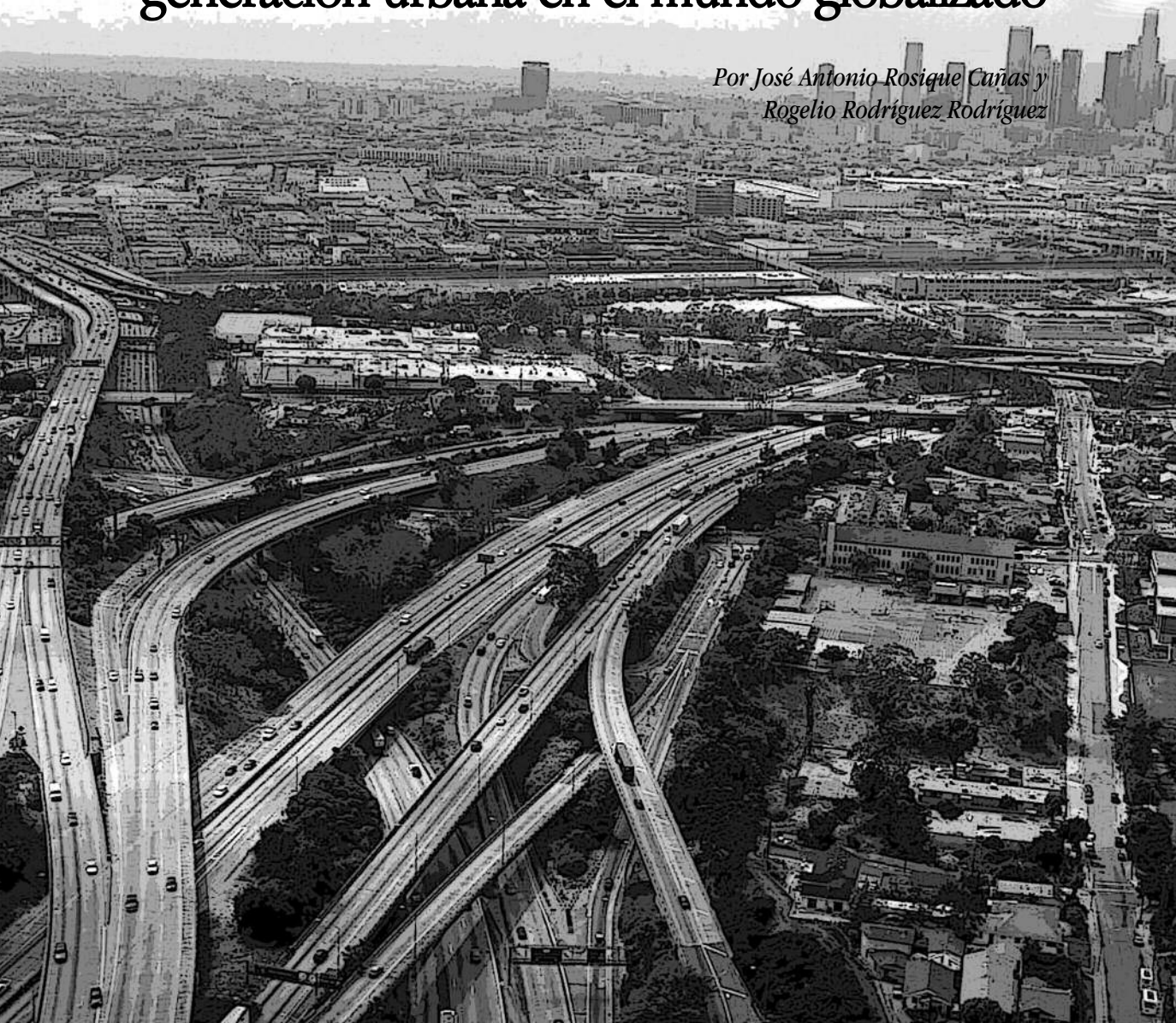
Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¿Será posible un buen gobierno para las postmetrópolis?: La cuarta revolución de una nueva generación urbana en el mundo globalizado

*Por José Antonio Rosique Cuñas y
Rogelio Rodríguez Rodríguez*



RESUMEN

Una revisión crítica sobre el origen y desarrollo de las ciudades permite ver que la humanidad es intrínsecamente espacial y que aunado a su naturaleza por vivir en aglomeraciones, apenas pudo hacerse sedentaria, lo hizo revolucionariamente creando ciudades que desde sus inicios lejanos desarrollaron características metropolitanas, impulsando la formación de grandes regiones económicas, con proto-Estados que luego devinieron en ciudades-Estado, imperios, Estados-nación de donde finalmente emergieron los Estados modernos que hoy conocemos, con sus sistemas constitucionales y sus gobiernos ciudadanizados que se ensayan con altibajos en algunas regiones del planeta e incluso con pretensiones unificadoras de enormes regiones planetarias; esa es una perspectiva desde la cual deberíamos ver cómo encuadra el anhelo del “buen gobierno”, tomando como válido su origen en el escenario urbano de las ciudades que hoy funcionan en red global.

Palabras clave: Aglomeración, Revolución urbana, Postmetrópolis, Estado moderno, Buen gobierno.

An critical analysis under the beginning and development of cities let us see that the humanity is intrinsically spatial and adding to her nature for living in agglomerations, just she could doing herself sedentary, she did it revolutionary, creating cities that since their far beginnings developed metropolitan characteristics, pushing the formation of large economic regions, with proto-states that then became in city-states, empires, nation-states, where finally emerged the modern state that we know today, with its constitutional systems and its citizenized governments that we have with its differences in several regions of the planet and including with large territorial of unification pretensions; that's an perspective from we must see how the “good government” desire could become a reality, taking as valid its beginning in the city urban scene that today operate in the global network.

Key words: Agglomeration, Urban revolution, Potsmetropolis, Modern State, Good government

“Nuestro punto de partida será una hipótesis: la urbanización completa de la sociedad, hipótesis que habrá de defender con argumentos y apoyar con hechos. Ello implica una definición: llamaremos “sociedad urbana” a aquella que surge de la urbanización completa, hoy todavía virtual, pero pronto realidad”.

Henri Lefèbvre₁

1. LAS REVOLUCIONES URBANAS

De acuerdo con Edward W. Soja (2008), la humanidad ha vivido ya tres *revoluciones urbanas* y desde el último cuarto del siglo XX, la mayoría de las ciudades está entrando en la *cuarta revolución urbana*. Para esa Época Henri Lefebvre definía ya como una revolución urbana:

“Al conjunto de transformaciones que se producen en la sociedad contemporánea para marcar el paso desde el período en el que predominan los problemas de crecimiento y de industrialización (...) a aquel otro en el que predominará ante todo la problemática urbana y donde la búsqueda de soluciones y modelos propios de la *sociedad urbana* pasará a un primer plano” (Lefebvre: 1980: 11-12).

A diferencia de esta definición de Lefebvre que limitada para la sociedad contemporánea, para Soja la urbanización y el urbanismo como modo de vida, se dieron en un contexto revolucionario para la humanidad, hace más de diez milenios; para él las ciudades son el resultado de una revolución urbana producida por un fenómeno que él denomina *sinecismo*₂ y que se dio por primera vez en la ciudad de Jericó, el mayor centro de población de un asentamiento urbano pre-agrícola, que se extendía por aquellos tiempos a lo largo de la costa mediterránea en Levante, en el valle de Jordania, al lado de otros asentamientos: Abu Hureyra, Mureybat, y Asikli Hüyük (Soja, 2008: 57).

En las concepciones dominantes de nuestros tiempos, la ciudad es una comunidad de asentamiento base sedentario que no produce los alimentos que necesita, es mayor que las comunidades rurales que producen comida, y tiene lugares de encuentro con ellas. Ésta puede existir en sociedades basadas en la reciprocidad. Las ciudades conocidas por fuentes escritas son parte de sociedades patriarcales y explotadoras, pero las sociedades ágrafas de la prehistoria, 99% de la historia humana, sólo están documentadas desde la arqueología, como es el caso de Jericó y Catal Hüyük.

Lo que hoy está ocurriendo a las ciudades del siglo XXI es el comienzo de un cuarto cambio, desde nuestro punto de vista, también revolucionario, o por lo menos, como lo considera Soja, de una profunda reestructuración urbana, en lo que hace pocas décadas fueron los “privilegiados” centros urbanos del capitalismo industrial, cuyos barrios con el tiempo o se sometieron a la reconversión industrial postfordista para mantenerse bajo condiciones aceptables para la especulación inmobiliaria o de la explotación capitalista o se convirtieron en ciudades que perdieron su hegemonía; para decirlo como Borja y Castells (2000:185), son lugares del país en la que “se vende una parte de la ciudad, se esconde y se abandonan el resto”.

Hay que reconocer que en las últimas tres décadas casi todas las regiones metropolitanas principales y secundarias del mundo, han experimentado cambios espectaculares que están conduciendo a la formación de las “postmetrópolis”₃, nuevo fenómeno que obliga a revisar todos los

paradigmas que tenemos para interpretar el desarrollo urbano descentralizado y expansivo que convierte a nuestras ciudades enormes regiones metropolitanas multi-céntricas, operando en redes globales de intercambio económico regular, pero también de nuevos valores ingrátidos que se mueven a través del ciberespacio (Rifkin, 2000).

Es decir en la actual se pueden tener en brevísimo plazo todos los recursos que se quieran gracias a la innovación de las tecnologías, ya no son los recursos los que limitan las decisiones, sino las decisiones quienes hacen los recursos, dentro de un proceso dialéctico. Los sucesos tienen una irradiación instantánea y sentimos el impacto de los sucesos pasados de una manera diferente, el pasado se vuelve sobre nosotros, hay un rebote del tiempo.

La diferencia definitiva, cualitativa, entre este lapso y los precedentes, es que no solo se extendió el alcance y la escala del cambio, sino también su ritmo. La aceleración es una nueva fuerza social y la transitoriedad su réplica psicológica, la transitoriedad empapa y afecta todas las relaciones sociales.

De hecho hoy estamos inmersos en un tipo de sociedad urbana que es producto de la sociedad de la información, el conocimiento y la innovación tecnológica; nuestra pregunta es, si eso es algo que se aproxima a la idea de una “urbanización completa”, pues la idea dominante en el campo del urbanismo, hasta hace poco tiempo era que se aplicaba el término de “sociedad urbana” a la sociedad que surgió de la industrialización. Lefèbvre (1980: 8), señala: “Es decir a la sociedad caracterizada por un proceso de dominación y asimilación de la producción agraria”. Tesis contraria a los fuertes argumentos que apuntan a confirmar que al menos en algunas regiones de la antigüedad, la ciudad netamente urbana se desarrolló primero y que la agricultura a gran escala vino después para sustentarla.

Muchos procesos sociales (en cuanto a población, ciudades, energía, crecimiento económico, etc.) se han acelerando de un modo impresionante, y no existe un modo absoluto de medir el cambio. Este cambio acelerado está produciendo un gran impacto en los hábitos, creencias y conceptos en las grandes metrópolis por lo que se observa que jamás en la historia se transformaron tan radicalmente estos aspectos en tan breve periodo de tiempo. Pese a que hay resistencias a la innovación y al cambio, la sociedad del siglo XXI está adaptándose a vivir en este nuevo modelo de urbanización que reclama respuestas a la problemática social.

Si se avanza en el planteamiento central de este trabajo, tenemos que enfatizar que en los últimos años la “nueva geografía” nos está haciendo conscientes de que los seres humanos somos intrínsecamente espaciales y de que permanentemente hemos estado comprometidos en actividades colectivas para producir espacios y lugares, territorios y regiones, ambientes y hábitats que implican una noción de la distribución y uso del espacio desde el que nos reproducimos y si se puede dominamos a otros.

Pero el espacio en la realidad concreta se resuelve por escalas, desde el cuerpo y su geografía más cercana, pasando por geografías de mediana distancia que abarcan dormitorios y casas, edificios y barrios, ciudades y regiones, países y naciones, y en última instancia todo el planeta, que es la geografía más lejana a la que podemos acceder en condiciones normales:

“Cada uno de estos espacios debe ser reconocido como producto de la acción y la intención humana colectiva, y por lo tanto susceptible de ser modificado o transformado” (Soja, 2008: 34).

Así, el término “geohistoria”, donde el prefijo “geo” tiene preponderancia, va tomando sentido para el estudio de las ciudades, las regiones y los Estados-nación, sobre todo si aceptamos la relación entre el espacio producido colectivamente (espacio urbano y las regiones con las que éste interactúa) y su carácter temporal (histórico), incorporado a la conciencia de la colectividad que lo produce, lo usa, lo defiende y lo vive cotidianamente.

Por otra parte, pensando en la naturaleza gregaria del hombre y su proclividad por cooperar con sus semejantes (Tomasello, 2010), el concepto de *sinecismo* adquiere relevancia al entender que es:

“una fuerza activa y motriz registrada por la geohistoria que supone la formación de una red de asentamientos nucleados y animados de modo jerárquico, capaces de generar innovación, crecimiento y desarrollo social desde el interior de su dominio territorial definido (...) connota las interdependencias económicas y ecológicas y las sinergias creativas, así como también destructivas, que surgen del agrupamiento intencionado, y de la cohabitación colectiva de la gente en el espacio, en un hábitat hogar”” (Soja, 2008: 42- 43).

Lo interesante para el estudio de las ciudades es que éstas se pueden ver como esa reacción humana a favor de la aglomeración *sinecética*, que no es otra cosa que un concepto conductual, transaccional, así como también político y económico, que activa la especificidad espacial del urbanismo, transformando la fuerza social en histórica.

El *sinecismo* pues, conlleva a la idea de que las ciudades terminan creando regiones y nos sugiere la hipótesis de que apenas el hombre tuvo la posibilidad técnica y cultural para aglomerarse, lo hizo convirtiéndolo en sedentario, tomando la alternativa de cohabitar y construir ciudades que dominaron el entorno inmediato, luego evolucionaron hasta convertirse en ciudades-estado que crearon las primeras regiones funcionales a ellas, dando origen después a imperios que llegaron a controlar otras ciudades y regiones allende sus fronteras y más adelante, por desarrollo insti-

tucional complejo, producto de sus relaciones sociales endógenas, fueron el origen del *lugar central* de los Estados-nación de los siglos XV y XVI.

Ya durante el siglo XX se han ensayado diversas formas de asociación supranacionales para cohabitar y cooperar, desarrollando enormes regiones planetarias bajo diversas formas de organización política y económica; las dos experiencias más desarrolladas en ese sentido han sido la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (1917-1990) y la Unión Europea (1985 a la fecha). Por su parte, Estados Unidos fue producto de una asociación precoz de colonias y asentamientos que se organizaron a partir de una forma de gobierno autónomo (condado), que con el tiempo consolidaron estados y luego una nación enorme y muy poderosa, ya para fines del siglo XIX.

En los tres casos se han propiciado formas de integración regional que están en vías de consolidar la *cuarta revolución urbana*, en tanto que la actuación de estos Estados-nación sobre el territorio, se aplican en acciones y estrategias públicas de infraestructuras de producción agropecuaria, movilidad masiva de personas y carga, así como comunicación virtual, con el mínimo de restricciones entre los países o provincias que las han formado.

Esta noción de “urbanización plena” en la que además de las ciudades operan en red integradas a economías regionales con sistemas de comercio intenso, flujos de capital humano, de tecnología, información y conocimiento y que además ve al medio rural, campos de agricultura, suelos de pastoreo y unidades dispersas de agroindustrias, como parte integral de las zonas metropolitanas, nos liga a la idea de “*sistemas-mundo*” y “*economías-mundo*” de la que nos habla Wallerstein⁴, conceptos que pueden ser válidos para aplicarlos a sistemas sociales de la antigüedad, como los que se propiciaron a partir de Jericó y Catal Hüyük, en donde tuvo que haber un desarrollo institucional que hiciera posible tales integraciones, más allá de la “mano invisible” que proponía Adam Smith para comprender el funcionamiento del mercantilismo capitalista del siglo XVIII.

Regresando al origen de las ciudades, los grupos de cazadores, recolectores, pescadores, comerciantes, artesanos, etcétera; dieron origen, primero a las ciudades y desde allí, en sus interacciones con las aldeas aledañas, estimularon la domesticación simple de plantas, el cultivo de alimentos bajo técnicas cada vez más complejas y luego propiciaron la agricultura de gran escala, pero al menos en algunos casos documentados, por fenómenos técnicos y culturales que seguramente se incubaron en la ciudad; adicionalmente produjeron los aparatos políticos necesarios para gobernar a las poblaciones adherentes a la ciudad y las administraciones para organizar las obras y servicios urbanos de la región en la que se asentaban.

De hecho, excavaciones realizadas en Jericó iniciadas hace más de medio siglo, ahora empiezan a presentar algunos desafíos a la sabiduría tradicional acerca del origen de las ciudades, pues éste se trata de un asentamiento original que llegó a tener hasta tres mil habitantes y con una *microeconomía-mundo*, autogenerada en una etapa de transición entre los últimos cazadores y los primeros agricultores, producidos por los apetitos nutritivos de la ciudad.

Hasta ahora Jericó se considera el primer ejemplo de sociedad humana sedentaria de cazadores y recolectores que fueron protagonistas de un acontecimiento revolucionario propiciado desde un entorno fundamentalmente urbano: “la invención de la agricultura permanente en tanto cultivo sistemático e intencionado de plantas comestibles domesticadas” (Soja, 2008: 62-69).

Por el momento, eso es lo considerado como la *primera revolución urbana* de la humanidad; además, esa pequeña ciudad contaba con un sistema de intercambio comercial geográficamente extenso, que entre otras cosas, generó un “proto-pueblo” con su propio “proto-Estado”, del que seguramente se derivó una forma de gobierno y una administración con los primeros cuerpos burocráticos que se encargaban de recabar y almacenar los tributos en especie y de la distribución aportaciones de trabajo para realizar las tareas públicas de construcción y mantenimiento de los edificios y obras necesarias para mantener a la ciudad en condiciones de habitabilidad y funcionamiento como *lugar central*.

Además esa ciudad era ya un lugar con un desarrollo cultural diferente al de las aldeas agrícolas especializadas, que luego dieron lugar a la dicotomía campo-ciudad, que apenas hoy pierde fuerza frente a la posibilidad de la *urbanización plena*. Jericó, en su momento, en verdad se trató de un ambiente netamente urbano, con potencialidades metropolitanas y una economía autosustentable, al margen de la incipiente agricultura local.

Tal hipótesis se refuerza con otros hallazgos considerados aún más reveladores en la ciudad de Catal Hüyük, que tuvo también sus inicios por los años 9000 a. C., en el sur de Anatolia, al suroeste de Asia, alcanzando un rango metropolitano con cerca de diez mil habitantes, una compleja división del trabajo con artistas, tejedores, carpinteros, fabricantes de cuentas, espejos, arcos, objetos de cobre, hueso, herramientas, talladores y comerciantes que intercambiaban productos con lejanos asentamientos, formando una región económica de varios miles de kilómetros cuadrados.

En Catal Hüyük el mundo rural giraba en torno a asentamientos simples y pequeños que se dedicaban a la caza y la recolección, no a la agricultura, y esa población era bastante apegada al espacio urbano en expansión; el pastoreo no se practicaba en las cercanías debido a la topografía local; los suelos adecuados para el pastoreo estaban muy alejados de la ciudad, así que la economía se tuvo que sustentar desde el principio, en actividades meramente urbanas y el abasto de productos agrícolas les llegaba por vía del comercio con aldeas mucho más lejanas; ese sedentarismo fue prerequisite para el cultivo de cereales y ambos fueron esenciales para la cría de animales domésticos, indicando que la ganadería no se desarrolló de forma independiente, sino a partir de los asentamientos establecidos en forma permanente (Bar-Yosef y Meadow, 1995: 41).

Más adelante, en la construcción y desarrollo de las portentosas ciudades antiguas que aparecieron entre el año 5000 y 2000 a. C., primero en Mesopotamia y luego en Egipto, Persia, la India, China, y otras partes de Eurasia y África y más tarde en América, hubo una forma de organización reconocida como las civilizaciones hidráulicas, dando origen y creación humana de ciudades-estado mucho más desarrolladas; a ese gran desarrollo institucional producido por la ciudad es a lo que se reconoce como la *segunda revolución urbana*, ligada directamente con el fenómeno del *sinecismo*. Esas ciudades aparecieron simultáneamente con la concentración de las “formas simbólicas de autoridad, los centros cívicos concebidos para anunciar, ceremonializar, administrar, aculturar, disciplinar y controlar”. Dentro de esos escenarios institucionalizados de la ciudadela, la gente adherida a dicha autoridad y sus relaciones sociales especialmente concentradas crearon en concordancia las primeras formas de sociedad civil (Soja, 1996: 205), la misma que en la polis griega le dio equilibrio al poder del público haciendo posible alguna de las primeras experiencias de democracia antigua y propició el surgimiento de los primeras estructuras político-administrativas en donde la

idea del *buen gobierno* era debatida con gran sentido entre los filósofos y los ciudadanos que acudían por derecho al Partenón (Rosique, 2007).

Esa *segunda revolución urbana* se dio originalmente en Sumeria, creando una ciudad-estado vinculada a las necesidades espaciales para trabajos de irrigación a gran escala; sin la tecnología y la organización social necesarias para un uso sostenible de la misma, la urbanización en las áridas tierras bajas no hubiera sido fácil de lograr. Para tal efecto fue necesario un salto de escala, alcance y poder autoritario, tanto de la ciudad como del Estado, para que la *segunda revolución urbana* cristalizara.

La humanidad tuvo que esperar casi otros siete milenios para iniciar su *tercera revolución urbana*, entrada ya a la etapa de la modernidad, cuando las revoluciones industriales catalizaron un nuevo patrón de urbanización a principios del XIX; algunas ciudades que fueron sede para las primeras fábricas que rebasaron el nivel de manufactureras al incorporar las máquinas de vapor, empezaron a tener problemas de sustentabilidad debido a las funciones nutritivas, productivas de gran escala y de organización político-administrativa complejas, con *tejido urbano* que se expandía desordenadamente en círculos concéntricos a partir de sus centros históricos originales.

Ese proceso dio por resultado las primeras ciudades industriales, expresión de la *tercera revolución urbana* que tuvo sus inicios en las ciudades de Manchester, Inglaterra y Chicago en Estados Unidos. De hecho, Manchester fue, la primera ciudad y el primer espacio urbano de importancia socialmente producido, casi en su totalidad, por las prácticas socio-espaciales del capitalismo industrial. Habiendo sido una pequeña población en 1750, con la introducción del ferrocarril y la construcción del gran canal de largo recorrido de la Gran Bretaña.

Un siglo después Manchester se transformó en la primera metrópolis y en la primera manufactura capitalista completamente industrial y con una conurbación de 400 mil habitantes, la segunda en tamaño después de Londres; fue allí donde Federico Engels atendía una de las fábricas de su padre y de cuya experiencia se inspiró para convertirse en el compañero intelectual de Carlos Marx, desde donde realizó agudas aportaciones críticas al capitalismo industrial de su época y a las condiciones de pobreza de los barrios y de la vivienda en donde vivía la clase obrera (Engels: 1971).

Por su parte Chicago fue a la segunda mitad del siglo XIX, lo que Manchester fue a la primera: un laboratorio urbano, relativamente despejado, para la formación de una ciudad capitalista industrial y de su espacio reflexivo en donde se dio el fenómeno del *fordismo*, fenómeno que impone a la ciudad un orden social y un estilo de vida a imagen y semejanza de lo que ocurre al interior de sus fábricas y sus centros corporativos.

Justamente fue en la Universidad de Chicago en la que se desarrolló una polémica corriente de sociología urbana muy conocida en Europa y América Latina durante la primera mitad del siglo XX con el nombre de la “Escuela Ecológica de Chicago”⁵. Veamos un poco de su tesis central:

“Lo que la casa es para el campesino, la ciudad es para el hombre civilizado (....) El transporte y comunicación, los tranvías y teléfonos, periódico y propaganda, construcciones de acero y elevadores, todos los objetos, en realidad,

que tienden a producir una gran movilidad y una gran concentración en los asentamientos humanos, son factores primarios en la organización ecológica de la ciudad” (Park citado por Donoso, 1993: 116).

Ya entrada la etapa *postfordista*₆, a partir del tercer tercio del siglo XX, las ciudades y el campo quedan dominados por los patrones neoliberales de consumo y los servicios sofisticados, que agotan los recursos naturales de todos los rincones del mundo, desecan los humedales locales y contaminan las aguas de todos los mares, los suelos de extensos bosques y praderas y aire de la mayoría de las ciudades debido a la circulación lenta de millones de autos y fábricas relocalizadas en las afueras de las ciudades y aportando sustancias químicas que destruyen las capas de ozono que protegen a la tierra del calentamiento y produciendo un cambio climático que pone en riesgo el equilibrio ambiental, la biodiversidad y la seguridad de todas las ciudades porteñas del mundo.

Este proceso de urbanización es el que lleva en sus entrañas algo que puede ser la *cuarta revolución urbana* que ha producido la humanidad, pero lamentablemente, al igual que las ciudades industriales regidas por el capitalismo industrial, ésta nueva forma de urbanización es conducida irracionalmente desde los nodos globales que tienen su sede en las *postmetrópolis*, en donde se deciden las principales directrices y modalidades del desarrollo planetario; la atmósfera y el sistema climático son recursos esenciales para la vida que abarcan y exceden a todos y cada uno de los Estados y sociedades. Como lo comentan algunos ambientalistas:

“es inconcebible que cualquiera pueda poseer efectivamente la atmósfera y que nadie pueda estar excluido de su utilización y que, no obstante, las consecuencias de cualquiera acciones en localidades específicas y pequeñas puedan tener repercusiones de una naturaleza sumamente impredecible y volátil sobre todo el planeta (Held et. al., 2002: 468).

Por lo que más allá de la expansión de las conurbaciones y el dominio que las ciudades tengan sobre el campo, para que este proceso de transición realmente arribe a lo que se podría llamar esa *cuarta revolución urbana*, tendrían que darse las condiciones que Lefebvre (1980: 9) señalaba hace cuatro décadas lo siguiente:

“La sociedad urbana es para nosotros un objeto virtual, es decir, un objeto posible, cuyo nacimiento y desarrollo

hemos de presentar ligado a un proceso y a una praxis (una acción práctica)”.

Por otra parte, más allá de su actual operación en redes mundializadas, en lo particular, cada ciudad responde en alguna medida a sus propios orígenes históricos y, a sus usos y costumbres nacionales y regionales, que tienen que ver con instituciones enraizadas en su tradición constitucional, leyes, gobierno, historia, geografía, cultura y grado de desarrollo, tal y como lo previeron los pensadores de la Ilustración.

Por ejemplo, Vico quería comprender el sentido de la historia de las instituciones políticas que daban solidez al Estado-nación emergente; Montesquieu por su parte, puso énfasis en la influencia de la dimensión espacial para la determinación de las formas de gobierno. Hegel pensaba que “una constitución no es un sombrero que se puede poner arbitrariamente sobre cualquier sociedad. A cada sociedad le corresponde la constitución que se adecua al espíritu del pueblo” (citados en Rosique, 2007: 15-16).

Desde esas perspectivas es que no se puede dejar de lado que las ciudades son el escenario, si no es que la cuna institucional de las formas de Estado, hasta sus desarrollo más complejos que dieron lugar al Estado moderno con su sistema constitucional, su división de poderes, sus partidos, sus formas representativas y de participación democrática que incuban la idea del ciudadano que exige transparencia, rendición de cuentas, buenas prácticas de gobierno y de administración de justicia y de los asuntos públicos que incluyen la eficacia, la eficiencia y la economía, así como la evaluación de resultados a través de prácticas de gobernanza, pues el reconocimiento de “lo público está presente en todos los espacios de la vida social” y en particular en los espacios urbanos de la ciudad (Bozeman, 1998: 15).

2. RÉGIMEN INSTITUCIONAL Y PILOTAJE POLÍTICO DE LAS REGIONES METROPOLITANAS

Lo cierto es que el *régimen institucional metropolitano* que opera hoy en las grandes regiones metropolitanas globalizadas se compone de diversos espacios institucionales, aterrizados en un área geográfica específica en la que se desarrollan una o varias instituciones, encargadas del *pilota-je político* de la zona:

“Estos *espacios institucionales* están jerarquizados, desde el nivel supranacional, que se encarga de las normas que regulan el comercio internacional, las relaciones monetarias, hasta el nivel local que comprende las estructuras desconcentradas del Estado y que es también el espacio de

los compromisos y de los acuerdos entre los grupos sociales, pasando por el nivel nacional, encargado de la organización del sistema electoral, del régimen fiscal y del régimen provincial” (Terhorst, 2004: 113).

De la manera en que se estructuren y funcionen todos esos niveles, depende el funcionamiento y orientación de los gobiernos locales, sub-nacionales y nacionales; esos son espacios en los que se mueven los órganos soberanos de la representación popular, para promover leyes, aprobar decretos y diseñar los organismos públicos, desde donde los cuerpos tecno-burocráticos y políticos se organizan al lado de la ciudadanía para gestionar la ciudad y generar la legitimidad que afiance la gobernabilidad⁷ en el territorio gobernado.

La intensidad de la relación local-global y el tamaño demográfico de las ciudades influyen en la interacción entre el régimen institucional, las diferentes instancias de gobierno y los actores económicos y políticos de la ciudad; esto es lo que propicia el cambio institucional local que incluye a sus leyes y formas de gobierno y en la que se deriva finalmente el cambio histórico local-global.

De hecho, no sólo la agricultura a gran escala, la escritura y otros desarrollos humanos, sino que también el Estado-nación puede ser considerado como un producto histórico de las ciudades y no al revés; lo mismo está pasando hoy con el orden supranacional, dominado también desde los nodos globales de poder y decisión política y económica que están enclavados en las ciudades mundiales⁸.

Desde las antiguas ciudades-Estado el hombre creó *instituciones* y *organizaciones* para darle gobernabilidad a aquellas ciudades que demandaban mucha precisión y desarrollo tecnológico para la gestión de enormes infraestructuras hidráulicas y murallas que les permitían resguardarse de las invasiones, apoyar las actividades agropecuarias de gran escala y funcionar con planeación eficaz y estabilidad política y militar (Guerrero, 41: 2001).

Ahí están los importantes regímenes despótico-tributarios de las ciudades-estado que llegaron a forjar grandes imperios, sistemas mundo o economías-mundo de la época; también lo hicieron los regímenes esclavistas de la tiranía de Esparta, la democracia primitiva de Atenas, la república aristocrática de Roma o el populismo antiguo del cesarismo; todos esos regímenes produjeron, pactaron y escribieron sus propias constituciones, leyes de gobierno que tuvieron como principal soporte, las instituciones originadas en algún *lugar central*, es decir, reglas urbanas, normas, estilos de vida, costumbres, administración pública y creencias de la gente; se puede decir que las *formaciones sociales concretas* fueron también un subproducto hecho en y por la existencia y desarrollo de las ciudades.

En las ciudades de hoy que viven en la transición de la democracia representativa hacia la democracia participativa también tenemos una forma de organización muy compleja basada en un marco legal con una ética pública y usos y costumbres en ocasiones muy antiguas, pero conocidas y reconocidas por todos, así como organizaciones burocráticas y formas de gobierno, producto de un Estado de derecho que trata de fortalecer legitimidad democrática; todo ello es la base para lograr el funcionamiento de megalópolis que ocupan cuencas y regiones interminables y con poblaciones millonarias.

El Estado, en tanto depositario de la potestad soberana, es diseñar con sabiduría y obediencia política (Dussel, 2006: 27), una reforma metropolitana que incluya leyes eficientes que permitan atender con equidad y justicia el desarrollo regional, fortaleciendo el *régimen institucional* de cada metrópoli, bajo una concepción integral y sustentable.

Como decía Montesquieu (1977:199):

El legislador debe ajustarse al espíritu de la nación, cuando no es contrario a los principios del régimen, porque nada se hace mejor que lo que hacemos libremente siguiendo nuestro genio natural (....) Nada ganará el Estado si se le imprime un espíritu de pedantería a un pueblo naturalmente alegre o religioso. Dejadle hacer con formalidad las cosas más frívolas y festivamente las más serias”.

En ese tipo de políticas está la clave de la eficiencia y eficacia del *régimen institucional* y el funcionar inteligente de las dependencias, para lograr que la acción público-privada-social, alcance resultados de calidad y aceptables para la mayoría en las grandes regiones metropolitanas; desde luego que esto se puede facilitar más, si se implementa una planeación moderna, que busque la identificación de los aspectos y problemas más representativos del territorio a efecto de poner énfasis en lo estratégico, enfocando la atención en proyectos específicos de gran impacto, lo que a su vez coadyuva a lograr resultados mensurables que pueden ser evaluados, además de contar con un determinado grado de desarrollo tecnológico, capital financiero, infraestructuras, capital humano calificado y social solidario orientado al *bien común* en medios urbanos complejos.

Por lo anterior, también centramos nuestra atención en la importancia que tiene el estudio de las *instituciones*, que son las que dan sustento y legitimidad a la organización política y administrativa de los gobiernos y a la vida cotidiana de las ciudades.

Como la dinámica de la expansión y transformación metropolitana no permite que los ajustes institucionales se den con la rapidez que se requiere, entonces hoy la mayoría de las grandes ciudades tienden a hacerse ingobernables debido sobre todo a la convergencia de por lo menos tres procesos que consideramos fundamentales:

- La multiplicación de los espacios de poder.
- La transformación de los sistemas de representación.
- El aumento de la conflictividad entre actores y redes de actores.

Debido a ello, el problema común a la mayoría de las ciudades es:

“la falta de una institución dotada de la legitimidad y de los recursos políticos (presupuesto, preparación técnica y administrativa, capacidades normativas), que agregue las demandas de los actores colectivos e individuales y les ofrezca respuesta mediante políticas públicas adecuadas sobre territorios pertinentes” (Jouve y Lefèvre, 2004: 9).

Entonces el problema central para la clase política de nuestros tiempos, es saber cuáles son los costos de transacción por los que los actores no pueden crear o transformar las *instituciones* y los *organismos* para enfrentar los problemas de competitividad, productividad, sustentabilidad y calidad de vida que se demanda en las ciudades en la era de la globalización, en la que lo que se requiere es de gobiernos interactivos capaces de moverse con agilidad y capacidad de respuesta a un entorno voluble y lleno de incertidumbre, donde los que avanzan, son aquellos que desarrollan unidades especializadas en el manejo de redes, relaciones intergubernamentales e interinstitucionales, tal y como lo exige la gobernanza metropolitana globalizada.

Aunque todos aceptan los retos que implica para los países estar sometidos a los flujos e impactos de la globalización. Borja, Castells y Soja, entre otros, observan en esos procesos, una ventana de oportunidad para que las ciudades más influyentes y dinámicas, se conviertan en actores colectivos en las redes mundiales de la globalización.

Jordi Borja y Manuel Castells (2000: 33) afirmaban que:

“al mismo tiempo que las ciudades se sitúan en la economía global, deben integrar y estructurar a su sociedad local. Esa integración social requiere mecanismos políticos descentralizados, basados en la descentralización administrativa y en la participación ciudadana de la gestión municipal”.

En este contexto la aceleración del cambio también es una fuerza psicológica, la aceleración externa se traduce en aceleración interna en las grandes ciudades. El individuo representa y se constituye como un gran canal con innumerables situaciones, la aceleración en el cambio de la sociedad, altera ese flujo.

Ya que toda situación posee componentes identificables:

1. Cosas.
2. Lugar.
3. Gente.

4. Localización en la red organizada de la sociedad.
5. Contexto de ideas.

A partir de ellas se puede analizar cada situación y además tiene una dimensión aparte que es la duración, la aceleración del cambio y la evolución abrevia la duración y apresura su paso por el canal de la experiencia. Es así que la creciente velocidad de la transformación en las grandes metrópolis viene a complicar, multiplicando la cantidad de roles que debe representar el individuo en una sociedad por la cantidad de opciones (complejidad) que debe adoptar para adaptarse al cambio, en la que hay menos tiempo para un examen prolongado de un problema, además de eso se le agrega la novedad que complica las cosas.

A la par, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el Banco Mundial (BM), la Organización de Naciones Unidas (ONU) y la Unión Europea (UE), entre otros, han recomendado medidas innovadoras de gestión pública que corren en paralelo a los fracasos de las medidas económicas neoliberales, basadas en la teoría neoclásica que le da preferencia al mercado y a la gestión gerencial desde el Estado. Hasta hoy, han pasado por encima de los gobiernos y sus administraciones por lo menos dos generaciones de ese tipo de reformas dirigidas al Estado y al mercado, la impulsada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher en 1981 y la del Consenso de Washington (1991) (Rosique, 2004).

A partir de 1996 en adelante se entró en una reforma cualitativamente diferente, la de *La Tercera vía* sugerida por Giddens (2000), la de la nueva social democracia en la que se busca el equilibrio entre la acción privada del mercado y la acción pública del Estado, particularmente sobre los temas del sistema de bienestar, el desarrollo con crecimiento económico sustentable y la calidad de vida para todos; es decir, se trata de un enfoque de gestión pública, en donde se busca de ponerle límites al poder de las corporaciones multinacionales y a los Estados que se subordinan a sus intereses¹⁰.

Pero mientras avanza ese proceso de metropolización, las ciudades no acaban de resolver el complejo desencuentro entre su explosión demográfica y expansión territorial y su débil y fragmentado *régimen institucional*, lo que hace que una buena parte de las ciudades de la *cuarta revolución urbana*, se conviertan en entes ingobernables, debido a los resultados deficientes de su gestión, que se traducen en asentamientos humanos desordenados, con servicios deficientes e infraestructuras de transporte y vialidad muy por debajo de la calidad media que sí se alcanza en algunas ciudades.

Néstor García Canclini (2000: 194) propone que:

“Para reencontrar el lugar del Estado en la actual coyuntura es necesario repensar su concepción como agente del interés público, del colectivo multicultural, y árbitro en los conflictos entre los grandes intereses privados, así como entre empresas nacionales hegemónicas y de las subdesarrolladas”.

De acuerdo con esta lógica, la solución del problema es más político que económico, más institucional que técnico y se centra primero en una conciencia y movilización ciudadana para la participación en los asuntos públicos de la ciudad, de tal manera que se complemente con las formas de representación democrática y que se corresponsabilice con los poderes del Estado a actuar en favor del *bien común* apoyado por una ciudadanía que participa plenamente en la vida pública que se da en todas las escalas espaciales, desde la geografía más cercana al cuerpo, hasta la geografía más distante en la dimensión planetaria.

Ahí la democratización de los gobiernos, la participación de los ciudadanos y el avance de las prácticas de la gobernanza, será la base para que los poderes del Estado global-local, diseñen un marco legal moderno que refuerce las instituciones reconocidas y practicadas por la gente que habita nuestras enormes ciudades, pues al fin de cuentas tal y como lo afirmaba Robert A. Dahl (2002), la democracia representativa, con todo y sus formalidades, complejidad y defectos es necesaria en nuestros tiempos, pues:

“No es concebible un mundo que sólo esté compuesto por unidades políticas muy pequeñas y autónomas. (...) no podemos planear una sociedad democrática factible sin incluir en ella gobiernos de gran escala. (...) Pero a la vez, no veo cómo un país con una sociedad amplia y bastante compleja, regulada por el Estado, podría mantener la igualdad política. No creo que sus ciudadanos fuesen capaces de impedir que los funcionarios de gobierno, y en particular que los de más alta jerarquía, usaran sus extraordinarias facultades reguladoras para aumentar su propio poder y privilegios” (Dahl, 2002: 386-287).

CONCLUSIONES

Si nuestra naturaleza nos llevó a construir espacios urbanos desde hace 11 mil años y las actuales ciudades mundiales son producto de *cuatro revoluciones urbanas*, los estudios críticos de Robert W. Soja (2008) nos abre la posibilidad de hacer una lectura diferente sobre lo que es una región metropolitana y lo antiguo que es el fenómeno de las aglomeraciones urbanas y su papel para el desarrollo de las civilizaciones humanas en materia de tecnología agrícola, modos de producción, ciencia, construcción institucional de administración urbana, formas de gobierno y Estados nacionales.

Comprender un poco más acerca del fenómeno del *sinecismo* permite ver la manera antigua en cómo las pequeñas aldeas de cazadores y recolectores transitaron hacia la creación de los primeros espa-

cios netamente urbanos y cómo desde allí se impulsó lo que después sería la agricultura a gran escala.

Para las ciencias de la gestión pública sería interesante poner más atención sobre las ciudades como punto de partida para entender el origen del Estado, el gobierno y la administración pública y no al revés, pues esto conlleva a una interpretación errónea del sentido de las políticas públicas y el diseño de los organismos públicos desde su misión y visión. Una falsa idea sería pensar que es el Estado el que planifica crea y desarrolla las ciudades de manera unilineal y no que éstas son producto de relaciones sociales generadas por la territorial que está implícita en lo intrínsecamente espacial que es el hombre.

Si aceptamos finalmente que las ciudades son el motor y centro del desarrollo planetario, entonces podemos comprender por qué de la formación ininidad de regiones socio-económicas y culturales y de entidades supranacionales a lo largo de la historia de los imperios y las naciones.

Hacia dónde nos lleva la *cuarta revolución urbana*, revolución aún con todas las irrationalidades que se observan y se propician desde lo local, los regional, lo nacional y la escala internacionalmente, no lo sabemos, pues como señalaba Lefebvre (1980), es una cuestión de *praxis* desde los espacios urbanos de las *postmetrópolis* de la que nos habla Soja (2008), pero además, nadie dice que esta *cuarta revolución urbana* tenga que ser pacífica, ni tampoco necesariamente violenta, aunque por lo visto hasta ahora, tampoco está siendo muy equitativa ni homogénea territorialmente, por todas partes se observa la injusticia con la que se da el acceso a los beneficios de la *urbanización*, que por mucho no alcanza todavía a ser *plena*, pues en las *postmetrópolis* está pasando lo mejor y lo peor de las sociedades y aunque no lo deseamos, conviene recordar que sobre la violencia y degradación que ocurría en Nueva York decía Koolhaas, que se estaba llegando a “la estación terminal de la civilización occidental” (citado en García, 2000: 167).

Así, la urbanización y el desarrollo socioeconómico y político se convierten en tareas cada vez más complejas, dado que el contexto internacional genera diversas condicionantes a la dinámica local. Los gobiernos metropolitanos están inmersos en una serie de cambios prevalecientes en el mundo, donde la estabilidad se convierte en un aspecto menos recurrente. Estos cambios generan la necesidad de usar las herramientas de disciplinas como la planeación estratégica y la prospectiva¹¹, cuyo desarrollo metodológico permite la construcción de instrumentos que incentivan una actitud proactiva ante las condicionantes de las megatendencias y los cambios registrados en el contexto local, que agregan un mayor grado de certidumbre a la toma de decisiones.

Concluimos estos comentarios con la afirmación hecha por Janowitz hace más de cuatro décadas:

“La ciudad no es un artefacto o una disposición residual. Por el contrario la ciudad encarna la verdadera naturaleza de la naturaleza humana. Se trata de una expresión de la humanidad en general y específicamente de las relaciones sociales generadas por la territorialidad” (Janowitz, 1967 en Soja, 2008: 135).

REFERENCIAS

- ¹ Henri Lefebvre inició con esas palabras su libro *La Revolución Urbana*, publicado en 1970. Hoy todavía no sabemos si ya entramos a la era de la “urbanización completa” y aunque Castells afirma que “todos somos urbanos”, nosotros nos sentimos profundamente insatisfechos por lo que observamos en la mayoría de las *posmetrópolis* de Soja.
- ² Del griego *synoikismós*; significa cohabitación; alude a la polis griega por aglomeración de poblaciones previas, también se entiende cómo vivir juntos en una casa. Soja desarrolla más ampliamente este término, pero para los fines de este artículo así lo dejamos (Soja: 2008: 41).
- ³ Más allá de lo postmoderna, postfordista, postcapitalista o postindustrial, para Soja las ciudades de hoy están transitando hacia un futuro no resuelto en la que lo único seguro que las ciudades actuales son el antecedente de las metrópolis provenientes de la *tercera revolución urbana*, es decir las ciudades industriales, entonces, después de un análisis a detalle, se decide por llamarle a su libro publicado por primera vez en el año 2000 “*Postmetrópolis*” (Soja, 2008: 215-230).
- ⁴ Wallerstein (2003: 426) desarrolla el concepto de *economía-mundo* para aplicarla a la Europa del siglo XVI, cuando esta región del planeta empezaba a ser dominante en todo el mundo; su tesis era que una cosa eran los límites políticos y militares de un imperio y otra cosa eran los límites de su economía-mundo, pues sólo analizando el tipo de relaciones económicas, más allá de las relaciones comerciales que éste tenían con la periferia, se podría saber si en realidad formaban parte de su economía-mundo; para eso propone que se tome en cuenta si las economías locales de la periferia forman parte integrante del sistema global de la división del trabajo, dado que las mercancías implicadas son esenciales para el uso diario.
- ⁵ El Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago fue fundado en 1892 con fondos de los industriales y hombres de negocios norteamericanos entre los que destaca John D. Rockefeller y la mayoría de sus integrantes eran pastores o hijos de pastores protestantes (Harper, Faris, Thomas, Vincet, Park), ciudadanos norteamericanos que conocían las penalidades por las que pasaban la mayoría de la población urbana de las grandes ciudades norteamericanas, pero que además estaban formados en la ética individualista que fomentaba idea de que la ciudad antes que nada.
- ⁶ Recordemos que la ciudad fordista se consolidó con el paradigma productivo del taylorismo industrial que luego prosperó bajo la sombra paradigmática del keynesiano y el Estado benefactor alimentado por la teoría weberiana de la burocratización ineludible de las sociedades profesionalizadas; por su parte, en la transición al postfordismo de fines del siglo XX, la producción se descentraliza territorialmente propiciando un nuevo orden espacio-temporal con simultaneidad de tiempo-espacio, promovido por la innovación tecnológica, la comunicación y el trabajo flexible (Ramírez, 2003: 99).
- ⁷ La gobernabilidad de todo sistema político se compone de dos aspectos fundamentales: lo político y lo administrativo, lo primero proviene de la legalidad constitucional, la legitimidad y el consenso logrado por la forma de llegar al poder y ejercerlo y, lo segundo, por la eficiencia en el manejo de los asuntos públicos que se mide por la calidad y aceptación de los resultados de las políticas públicas. La gobernabilidad que mejor se acomoda a esta definición es la democrática y se le asocia con capacidad, habilidad, estabilidad, orden, eficacia y legitimidad política basada en prácticas democráticas (Rosique, 2006: 58-59).
- ⁸ Término utilizado por primera vez por Peter Hall en 1966 para referirse a ese proceso de globalización que impacta de manera muy diversa a las regiones metropolitanas; la bibliografía y autores que se han encargado de estudiar el impacto y flujos globales que ocurren en nodos específicos situados al interior y a partir de las ciudades mundiales son muchos pero entre ellos destacan Sassen, Jordi y Borja, Beck, Fiedmann, Gottman, Talor y Flint (Rosique, 2004: 181-192).
- ⁹ La idea del *bien común* es tan vieja como el budismo, el hinduismo, el confucionismo y la filosofía clásica grecorromana y va más allá del hecho de no dañarnos unos a otros, pues en cualquier sistema político sus miembros comparten un *bien común* y es obligación de los gobiernos democráticos proporcionárselos,

pero esa misión siempre ha desafiado toda solución simple, por eso, algunos críticos no le dan categoría científica, dado que incluso, encuentran dificultad para determinar si hay un *bien común* reconocido por todos los ciudadanos. En torno a esa dificultad Robert A. Dahl plantea tres preguntas que en nuestra opinión son fundamentales: ¿el bien de quién debe tomarse en cuenta?; ¿cómo puede determinarse el *bien común* de la mejor manera posible en las decisiones colectivas? y; ¿cuál es el contenido de fondo del *bien común*? Por lo tanto, más que olvidarse del tema, como lo hacen sus críticos, el problema central del *bien común* es de tipo práctico, pues se trata de pensar en cómo asegurarse para que en las decisiones públicas se pueda alcanzar la mayor satisfacción colectiva (Dahl, 2002: 337).

¹⁰ Giddens pone de ejemplo puntero a los socialdemócratas alemanes que dicen que: “...el punto decisivo es ver si la calidad de vida se asegura mejor mediante un aumento de consumo privado o mediante una mejora en la actuación del Estado”. De hecho se empieza a percibir que el trabajador y el pequeño y mediano empresario, prefieren sacrificar ingresos directos, a cambio de sistemas de seguridad social eficientes (Giddens, 2000: 31).

¹¹ Es una disciplina con visión global, sistémica, dinámica y abierta que explica los posibles futuros, no sólo por los datos del pasado sino fundamentalmente teniendo en cuenta las evoluciones futuras de las variables (cuantitativas y sobretodo cualitativas), así como los comportamientos de los actores implicados, de manera que reduce la incertidumbre y aporta mecanismos que conducen al futuro aceptable, conveniente o deseado (Instituto de Prospectiva Estratégica, 2003).

José Antonio Rosique Cañas

Es profesor-investigador de tiempo completo de la UAM-Xochimilco; Sociólogo, Maestro en Administración Pública y Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM; Posdoctorado en Administración, Políticas Públicas y Gobierno de The University of New Mexico. Ha dirigido la Revista Veredas del departamento de relaciones Sociales. Actualmente es Coordinador de los Posgrados en Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM- Xochimilco, es miembro del SNI-CONACYT, Coordinador de la Encuesta anual del Turista que visita la Ciudad de México bajo convenio con el GDF, ha publicado 4 libros, más de 30 artículos especializados sobre temas políticos y urbanos, ha participado en decenas de congresos y realizado estancias académicas en Europa y Estados Unidos.

Rogelio Rodríguez Rodríguez

Maestro en Administración en Sistemas de Calidad por la Universidad del Valle de México, cuenta con la Especialidad en Administración Pública por el Instituto Nacional de Administración Pública (INAP) es Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la FCPyS de la UNAM. Actualmente es Director General del Centro de Estudios para el Desarrollo de Proyectos Sociales A. C. y Vicepresidente de la Fundación Mexicana de Estudios Políticos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bar- Yosef, Ofer y Richar H. Meadow (1995) "The origins of agriculture in the Near East". *Last hunters, first farmers*. Editorial Prince and Gebauer, USA.
- Borja Jordi y Manuel Castells (2000) *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Ed. Taurus, Madrid, España.
- Bozeman, Barry (1998) *Todas las organizaciones son públicas. Tendiendo un puente entre las teorías corporativas privadas y públicas*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- Dahl, Robert A. (2002) *La democracia y sus críticos*. Ed. Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México.
- Dussel, Enrique (2006) *20 Tesis de política*, México. Ed. CREFAL, Siglo XXI, México.
- Donoso, Salinas Roberto (1993) *Antecedentes de la sociología urbana*. México, UAM-Xochimilco.
- Engels, Federico (1971) "Contribución al problema de la vivienda". en Marx y Engels, *Obras escogidas Tomo I*, Editorial Progreso, Moscú, URSS.
- García Canclini, Néstor (2000) *La globalización imaginada*. Ed. Paidós, México.
- Giddens, Anthony (2000) *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. Taurus, Madrid, España.
- Guerrero, Omar (2001) *Teoría administrativa de la Ciencia Política*. Ed. UAEM, Toluca, Estado de México.
- Held, David et. al. (2002) *Transformaciones globales. Cultura, economía y cultura*. Oxford University Press, México.
- Instituto de Prospectiva Estratégica (2003) "Prospectiva: ¿qué es?". <http://www.prospecti.es/ipeframe.htm>. junio.
- Jouve, Bernard y Christian Lefèvre (2004) *Metrópolis ingobernables, Las ciudades europeas entre la globalización y la descentralización*. Ministerio de Administración Pública, INAP, Madrid, España.
- Lefèvre, Henri (1980) *La revolución urbana*. Ed. Alianza Editorial, Madrid, España.
- Montesquieu (1977) *Del espíritu de las leyes*. Editorial Porrúa S. A. México, D.F.
- Ramírez Velázquez, Blanca Rebeca (2003) *Modernidad, posmodernidad, globalización y territorio*. UAM-Xochimilco-Porrúa, México.
- Rifkin, Jeremy (1999) *La era del acceso: La revolución de la nueva economía*. Editorial Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México.
- Rosique Cañas, José Antonio (2006) *Ciudad de México: la megalópolis ingobernable*. Ed. UNAM-UAM-Épica, México.
- Rosique Cañas, José Antonio (2007) "Evolución de las teorías políticas sobre el buen gobierno" *Revista Buen Gobierno*, núm. 2, Ed. Fundamespa, México.
- Rosique Cañas, José Antonio (2004) "Organismos internacionales y globalización de la gestión metropolitana". *Veredas. Revista de pensamiento sociológico*, número 9, UAM-Xochimilco, México.
- Soja, Edward W. (2008) *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Editorial Mapas, Madrid, España.
- Terhorst, Pieter (2004) "Continuidades y cambios de los regímenes urbanos: el caso de Ámsterdam". En Jouve y Lefèvre *Metrópolis ingobernables, Las ciudades europeas entre la globalización y la descentralización*. Ministerio de Administración Pública, INAP, Madrid, España.
- Tomasello, Michel (2010) *¿Por qué cooperamos?* Ed. Katz, Madrid, España.
- Vidal Beltrán José María y Joan Prats I Catalá, Coordinadores (2005) *Gobernanza. Diálogo euro-iberoamericano*. Ministerio de las Administraciones Públicas, INAP, Madrid, España.
- Wallerstein, Immanuel (2003) *Tomo I, El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea del siglo XVI*, México. Ed. Siglo XXI, México.